

<https://doi.org/10.29393/CFNE5-7LWCT10007>

LUDWIG WITTGENSTEIN Y EL SINSENTIDO IMPORTANTE

Claudio Troncoso Barría

En la primera mitad del siglo veinte surgió un célebre grupo de filósofos y hombres de ciencia organizados en torno a la figura de Moritz Schlick, un ex alumno de Max Planck. En el año 1929 el grupo pasó a llamarse oficialmente "Círculo de Viena", con la publicación de una suerte de manifiesto titulado "La concepción científica del mundo: el Círculo de Viena". La nómina de sus redactores es reveladora: Rudolf Carnap (filósofo y físico), Hans Hahn (matemático) y Otto Neurath (sociólogo y economista). Influidos principalmente por los grandes éxitos de la ciencia natural, en especial de la física, los miembros del grupo en referencia debatirán una serie de cuestiones relativas al conocimiento científico en un espíritu de sana discusión crítica y desde una perspectiva fundamentalmente empirista, en el sentido de no admitir otro conocimiento legítimo que aquel basado en la experiencia. Además, se valen de una importante herramienta de análisis: la lógica simbólica, desde la cual examinan tanto el lenguaje científico como el de la vida cotidiana. Las huellas que dicho grupo dejó todavía permanecen en el pensamiento contemporáneo, bajo distintas formas; una de las más renombradas es lo que de manera global se designa como *filosofía analítica*.

Entre las figuras más influyentes en el desarrollo de las tesis centrales del *empirismo lógico* -nombre con el que por lo general se designa la filosofía del Círculo de Viena- se cuenta el filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein, con su breve obra *Tractatus Logico-Philosophicus*, según reza el título de la versión inglesa (1922) de un trabajo aparecido el año anterior en alemán. Considerando que este año –2001- coincide con el aniversario número cincuenta de su muerte, valga esta breve

intervención como un modesto homenaje a un pensador que, como pocos, seguirá siendo nuestro contemporáneo por mucho tiempo.

Acerquémonos, entonces, a su importante libro poniendo de manifiesto, en primer lugar, la tesis central que vertebra sus escasas pero muy densas páginas escritas en lenguaje aforístico. Nos referimos a la relación *especular* que el lenguaje mantendría con el mundo. La proposición, esto es, aquella expresión lingüística que puede ser verdadera o falsa, es entendida por Wittgenstein como *figura* o *imagen* de la realidad.¹ "A primera vista no parece que la proposición –tal como está impresa en el papel– sea una figura de la realidad de la que trata. Tampoco la notación musical parece a primera vista una figura de la música, ni nuestra escritura fonética (las letras) parece una figura de nuestro lenguaje hablado. Sin embargo, estos símbolos demuestran, bien que en el sentido ordinario de la palabra, que son figuras de lo que representan".² Y algo más adelante: "Para comprender la esencia de la proposición, pensemos en la escritura jeroglífica, que figura los hechos que describe. Y de ella, sin perder la esencia de la figuración, proviene la escritura alfabética".³

Pero...¿qué es eso de que la proposición *represente* un cierto estado de cosas? Como respuesta, diríamos que es otra manera de afirmar el carácter *figurativo* de la proposición. Es esa posibilidad de representar algo, de "figurar" un aspecto de la realidad, lo que hace de la proposición una expresión significativa, una secuencia de palabras provista de sentido. Por ello el autor del *Tractatus* afirmará: "Uno puede decir en lugar de esta proposición tiene tal y tal sentido, esta proposición representa tal y tal estado de cosas".⁴ Si la proposición no es una figura de la realidad quiere decir que carece de sentido, que *no dice nada*.⁵

¹ Cfr. *Tractatus Logico-Philosophicus*, aforismo 4.01. En lo que sigue, *Tractatus*.

² *Tractatus*; trad. de E. Tierno Galván. Alianza Editorial, Madrid, 1973, 4.011.

³ Op. cit., 4.016.

⁴ Op. cit., 4.031.

⁵ Cfr. op. cit., 4.03.

representa tal y tal estado de cosas".⁴ Si la proposición no es una figura de la realidad quiere decir que carece de sentido, que *no dice* nada.⁵

Ahora bien, de acuerdo con el *Tractatus*, el valor de verdad de una proposición elemental no es decidible a priori; por el contrario, se requiere confrontarla con la realidad, lo que significa que las proposiciones que *dicen* algo acerca de ésta carecen de un valor veritativo intrínseco. El contraste con la realidad será, en este contexto, determinante, mientras que resulta por completo inatingente cuando se trata de expresiones puramente formales, como las de la lógica o la matemática puras.

En consecuencia, pareciera que entre la lógica y el mundo real no existe punto de contacto alguno, pues ... ¿qué otra cosa es la lógica sino una serie de tautologías,⁶ esto es, una serie de verdades puramente formales, sin contenido alguno? Y ... ¿qué decir puede ser el de la lógica si no un decir *vacío*?⁷ Pero es preciso reconocer que esto no es tan así. No debemos perder de vista que la proposición mantiene, según Wittgenstein, una relación especular con el mundo, en el sentido de que aquella representa o refleja un cierto estado de cosas. Pero esto solo sería posible en la medida en que *proposición y estado de cosas* compartan una misma estructura lógica, lo que lleva a reconocer en la proposición un medio a través del cual *se muestra* la realidad, incluida la estructura del lenguaje en cuanto parte de ella. En consecuencia, una genuina proposición siempre *dice* algo, lo que la proyecta más allá del ámbito del lenguaje en una insoslayable referencia al mundo. Pero se trata de una referencia siempre parcial, inevitablemente fragmentaria. Solo así persiste la proposición en su condición de tal. Cualquier pretensión omniabarcante en este sentido implicaría la anulación del

⁴ Op. cit., 4.031.

⁵ Cfr. op. cit., 4.03.

⁶ Cfr. op. cit., 6.1.

⁷ Cfr. op. cit., 5.43 y 6.11.

propio vehículo referencial: la proposición perdería su carácter de expresión provista de sentido. Se transformaría en *pseudoproposición*.

En efecto, desde la perspectiva defendida en el *Tractatus* no es posible referirse *con sentido* al mundo considerándolo en su totalidad. Semejante empresa exigiría trazar una línea demarcatoria entre dos regiones: aquella correspondiente al mundo en tanto totalidad y la que se sitúa más allá de dicha totalidad. Pero lo que está más allá de esa totalidad no puede ser pensado; por consiguiente, es imposible trazar la correspondiente línea divisoria. En las palabras del pensador austríaco: "...para trazar un límite al pensamiento tendríamos que ser capaces de pensar ambos lados de este límite, y tendríamos por consiguiente que ser capaces de pensar lo que no se puede pensar".⁸ Lo que sí puede hacerse es trazar un límite *en el lenguaje*, lo que deja relegado al campo del sinsentido todo lo que quede más allá de dicho límite. Luego, si se tiene presente la estructura lógica del lenguaje, el deseo de alcanzar un conocimiento del mundo como un todo -esto es, un conocimiento *metafísico*- aparece como una empresa condenada al fracaso. Llevar al lenguaje más allá de sus límites implicaría simplemente terminar con el carácter significativo del mismo. Por ello, de acuerdo con el *Tractatus*, no queda sino *sentir* al mundo como un todo limitado⁹ caso en el cual nos encontraríamos ante lo místico, esto es, ante aquello que no admite descripción ni pensamiento. Lo místico, lo metafísico, queda entonces excluido de toda posibilidad de ser *dicho*.

En estas breves referencias a Wittgenstein quisiéramos destacar que su postura ante la metafísica difiere de la que asumen los positivistas lógicos. Y ello queda de manifiesto desde la interpretación que Neurath, uno de los fundadores del Círculo de Viena, hace de la séptima y última tesis del *Tractatus* ("De lo que no se puede hablar, mejor es guardar silencio"), a la que objeta dar a entender, tácitamente, que habría "algo"

⁸ Cfr. op. cit., Prólogo, p. 31.

⁹ Cfr. op. cit., 6.45.

metafísica 'se guardará silencio', pero no 'acerca de algo'".¹⁰ De manera que la marginación de la metafísica no obedece a consideraciones atinentes a la lógica del lenguaje sino a un compromiso de tipo metodológico —en el amplio sentido de la palabra— asumido coherentemente con los principios del conductismo social que con entusiasmo defiende, y que no requiere de ninguna escalera metafísica de elucidación ni de "preliminares mitológicos".¹¹ Neurath es categórico en señalar la conveniencia de eliminar la metafísica; citemos sus palabras: "la eliminación de la metafísica se vuelve *científicamente fructífera porque evita la ocasión de ciertas correlaciones falsas en la esfera empírica*".¹² Semejante manera de interpretar el último aforismo del *Tractatus* es compartida por uno de los más importantes representantes del positivismo lógico, Alfred Ayer, quien nos advierte: "No se trata de negar la existencia de experiencias místicas, ni tampoco de negar que los que las viven tienen derecho a darles un gran valor. Lo que quiero descartar es la sugerencia de que revelan la existencia de algo 'superior', o que proporcionan una respuesta a los 'problemas de la vida' que esté fuera del alcance de la ciencia".¹³ Conviene consignar, en este punto, una importante aclaración —o quizás deberíamos decir "confesión"— del propio Ayer, cuando reconoce la interpretación equivocada que los miembros del Círculo de Viena habrían hecho del *Tractatus*, error en el que habrían incurrido no solo los integrantes de dicha agrupación sino también "los jóvenes filósofos ingleses fuertemente influidos por él", entre los cuales se incluye él mismo. El error habría

¹⁰ Neurath, "Sociología en fisicalismo", en Alfred Ayer, (compilador): *El positivismo lógico*, varios traductores. F.C.E., México, 1965, p. 289.

¹¹ Cfr. Neurath, op. cit., pp. 289-290.

¹² Op. cit., p. 305.

¹³ Ayer, Alfred, *Wittgenstein*, trad. de J. Sempere. Editorial Crítica, Barcelona, 1986, p. 48.)

consistido, básicamente, en creer que para Wittgenstein la metafísica carecía de valor,¹⁴ lo que el autor del *Tractatus* estaba lejos de suscribir.

Según indicábamos poco antes, es en el nivel lógico-lingüístico donde se apoya nuestro filósofo para reducir el discurso metafísico a un decir carente de sentido. De manera que la imposibilidad de la metafísica estaría en una relación de dependencia con respecto a las *limitaciones* del lenguaje en el que pudiera expresarse su posible objeto de estudio. Justus Hartnack, en un importante trabajo sobre Wittgenstein, pone de relieve un aspecto de interés que contribuye a la mejor intelección del desafiante final del *Tractatus*, donde parece aceptarse la compatibilidad entre lo que no puede decirse y su correspondiente comprensión.¹⁵ La argumentación de Hartnack es, básicamente, la siguiente: la carencia de sentido correspondería a la impredicabilidad tanto de lo verdadero como de lo falso para una expresión,¹⁶ lo que le imposibilitaría *figurar* un cierto estado de cosas. No representaría nada. Pero esto no implicaría que la expresión estuviese, por esta sola razón, al margen de toda comprensión. Solo así puede resultar inteligible el primer párrafo del aforismo 6.54: "Mis proposiciones son esclarecedoras de este modo; que quien me comprende acaba por reconocer que carecen de sentido, siempre que el que comprenda haya salido a través de ellas fuera de ellas (Debe, pues, por así decirlo, tirar la escalera después de haber subido)". En consecuencia, las proposiciones del pensador austríaco corresponderían a algo similar a las instrucciones para entender un mapa o un gráfico que registra un proceso febril. En cuanto instrucciones no *figuran* ni un terreno ni la fiebre en referencia. Desde esta perspectiva no *dicen* nada pues "las instrucciones acerca de *cómo las figuras figuran los hechos* no pueden ser equiparadas a la figuración misma (o, lo que es igual, al *decir* algo)."

¹⁴ Ayer, A., op. cit., p. 46.

¹⁵ Cfr. *Tractatus*, 6.54.

¹⁶ Cfr. Hartnack, Justus, *Wittgenstein y la filosofía contemporánea*, trad. de J. Muñoz, Ediciones Ariel, Barcelona, 1972, p. 62.

(Hasta aquí la argumentación de Hartnack.) De cualquier modo, la escalera wittgensteiniana, si es un instrumento de dilucidación carente de sentido, constituiría, al decir de Ramsey, un sinsentido importante.¹⁷

No carece de interés reparar en las reservas del propio autor del *Tractatus* respecto del criterio de sentido que tanta influencia tuvo en la filosofía del Círculo de Viena. De partida habría que consignar la negativa de Wittgenstein a reconocer paternidad alguna al respecto; y menos en lo que se refiere a un principio *verificacionista* de sentido que, según la interpretación del Círculo de Viena, depende de que la proposición o enunciado sea verificable. Con posterioridad a la publicación de su libro, y ante la lectura positivista que se había hecho del mismo, nuestro filósofo quiso aclarar que, aunque efectivamente el sentido de una proposición puede determinarse preguntándose por el modo en que esta puede ser verificada, se trataría solamente de una *aproximación*. Y ello porque la noción misma de verificación no sería unívoca, aparte de que no siempre resulta significativo preguntar "¿Cómo se verifica esto?". Además, Wittgenstein habría acotado -en una posición que deja entrever los planteamientos del "segundo Wittgenstein", aquél de las *Investigaciones filosóficas*- que el examen de las posibilidades de verificación no es la única manera de establecer el sentido de una proposición: también podría determinarse si una expresión es significativa o no, preguntándose acerca del *uso* de los términos que constituyen la expresión¹⁸ De modo, entonces, que lo que era una simple "sugerencia" sobre la posible utilidad que tendría preguntar por las condiciones de verificación de una proposición se habría convertido, producto de un malentendido por parte del movimiento neopositivista, en una suerte de dogma, atribuyéndole a Wittgenstein la autoría de una "teoría del significado".¹⁹ En relación con éste y otros aspectos del *Tractatus*,

¹⁷ Cfr. A. Ayer, op. cit., p. 46.

¹⁸ Cfr. Hartnack, J., op. cit., p. 84, nota 4.

¹⁹ Cfr. Hartnack, J., op. cit., p. 85, n. 4.

significado".¹⁹ En relación con éste y otros aspectos del *Tractatus*, conviene tener presente la observación de Hartnack –que suscribimos plenamente- cuando sostiene: "nada hay en el texto del *Tractatus* que contradiga la interpretación de los positivistas lógicos".²⁰ Como sea, nos parece que Russell no exageraba demasiado cuando, refiriéndose a dicha obra, afirma: "Wittgenstein enuncia aforismos y deja al lector la tarea de penetrar en sus profundidades como mejor se le ocurra".²¹

El *Tractatus*, a pesar de la confianza expresada por su autor en haber resuelto de manera *definitiva* los problemas que plantea, y en comunicar pensamientos *definitivamente* verdaderos,²² deja –y no podía ser de otro modo- diversos problemas sin resolver, como, por ejemplo, el de los enunciados estrictamente universales de la ciencia natural. En honor a la verdad, dicha cuestión no está desarrollada en el *Tractatus*, por lo que Wittgenstein no tenía obligación alguna de darnos una solución al respecto. Pero, por otra parte, la conjunción de algunas tesis que el filósofo sostiene conduce a problemas cuya explicitación puede ser provechosa, como es el caso que queremos señalar.

Wittgenstein sostiene que "La proposición es una función de verdad de la proposición elemental", lo que equivale a plantear la reductibilidad de una proposición a sus constituyentes (vale decir, a sus proposiciones elementales). Pero ocurre que esto no es posible en los enunciados estrictamente universales –que están referidos a cualquier tiempo y lugar- en que se expresan importantes leyes de la naturaleza., como observa críticamente Karl Popper. Bien vale la pena detenernos por algunos instantes en las consideraciones de este último en torno al problema que acabamos de señalar.

¹⁹ Cfr. Hartnack, J., op. cit., p. 85, n. 4.

²⁰ Op. cit., p. 87.

²¹ Russell, Bertrand, *La evolución de mi pensamiento filosófico*, en Hartnack, op. cit., p. 87, nota 8.

²² Cfr. *Tractatus*, Prólogo.

Popper, llamado por Otto Neurath "la oposición oficial al Círculo de Viena",²³ destaca la contraposición que Wittgenstein estaría interesado en establecer entre ciencia y filosofía vinculándola con aquellos aforismos del *Tractatus* en que se plantea la relación entre la proposición y sus constituyentes. Ahora bien, el autor de *El desarrollo del conocimiento científico* cree ver en el *Tractatus* la propuesta de un "tosco" criterio demarcatorio entre la ciencia empírica y la metafísica, desde el momento en que la obra plantea una coincidencia entre verificabilidad, significatividad y científicidad. Pero esto traería serias consecuencias. En efecto, este criterio demarcatorio –que a la vez es un criterio de *sentido*– deja fuera de los márgenes del discurso significativo a la metafísica, por no ser verificable; o, para decirlo en términos más cercanos a Wittgenstein, por consistir en expresiones que no representarían ningún estado de cosas, por no "figurar" realidad alguna; vale decir, por tratarse de un discurso irreducible a enunciados observacionales. Pero junto con hacer esto, la aplicación de dicho criterio arrastraría a la ciencia misma, pues las leyes de alcance universal estricto quedarían reducidas a expresiones carentes de sentido dado que no es posible verificar enunciados que tengan ese alcance universal estricto. Como señala Popper, con razón, "Ninguna teoría científica puede ser deducida de enunciados observacionales ni ser descrita como función de verdad de enunciados observacionales".²⁴

Habiéndose hecho cargo de este problema, Wittgenstein señala, en una comunicación personal a Schlick en 1931, que se refiere a las leyes naturales no como genuinas proposiciones sino como "prescripciones" para su formación esto es, para sus transformaciones e

²³ Cfr. Malherbe, Jean-François, *La philosophie de Karl Popper et le positivisme logique*; Presses Universitaires de Namur -PUF; Mayenne, 1979, p. 48.

²⁴ Popper, Karl, *El desarrollo del conocimiento científico*; trad. de N. Miguez. Paidós, Buenos Aires, 1967, p. 51.

implicaciones.²⁵ Semejante "giro" del autor del *Tractatus* será lo que haga decir a Popper que con esto el célebre *problema de la inducción* queda simplemente relegado a la condición de pseudoproblema. En efecto, si las leyes naturales carecen, propiamente, de un carácter enunciativo ya no es preciso buscar algún "principio de inducción" que las legitime ... pues no habría nada que legitimar.

Pero volvamos a la metafísica y a su exclusión del discurso significativo. Esta marginación, en Wittgenstein, arrastra también a la ética que termina confundándose con aquella en la medida en que ambas van tras lo que más nos interesa como seres humanos pero que no podemos comunicar. Al menos, está claro que para el autor del *Tractatus* se trataba de cuestiones de la mayor importancia pese a estar situadas fuera del lenguaje provisto de sentido. La extrema preocupación que pone Wittgenstein en separar la ciencia de la filosofía va más allá de las páginas del *Tractatus*; al respecto, conviene tener en cuenta que con el tiempo el pensador austríaco terminó por admitir que aparte de la ciencia también habrían otros saberes; sin embargo, como nos advierte la profesora Carla Cordua, el discípulo de Russell jamás abandonó su convicción de que el verdadero conocimiento es aquel que alcanza la ciencia moderna,²⁶ tesis que podemos reconocer, casi una década después de la publicación del *Tractatus*, en la *Conferencia sobre ética*. Allí Wittgenstein sostiene: "si un hombre pudiera escribir un libro de ética que realmente fuera un libro de ética, este libro destruiría, como una explosión, todos los demás libros del mundo. Nuestras palabras, usadas tal como lo hacemos en la ciencia, son recipientes capaces solamente de contener y transmitir significado y sentido, significado y sentido *naturales*. La ética, de ser algo, es sobrenatural y nuestras palabras solo expresan

²⁵ Cfr. Popper, K., *La lógica de la investigación científica*; trad. de V. Sánchez de Zavala. Editorial Tecnos, 1977, p. 36, n.7.

²⁶ Cfr. Cordua, Carla, *Ideas y ocurrencias*; Ril Editores, Santiago de Chile, 2001, p. 71.

hechos, del mismo modo que una taza de té solo podrá contener el volumen de agua propio de una taza de té por más que se vierta un litro en ella".²⁷ Sin duda que al autor de estas afirmaciones no le importó derramar abundante sinsentido fuera del restrictivo recipiente lingüístico, como deja constancia en el final del *Tractatus* al hablarnos, como sabemos, de su famosa escalera.

No fue, entonces, una afirmación gratuita la de Ramsey cuando se refirió al tratado de Wittgenstein como un "sinsentido importante".²⁸ El propio Wittgenstein aludía a las proyecciones de su libro en el campo de la ética al señalar más tarde que éste "traza límites a la esfera de lo ético";²⁹ solo que lo hace *guardando silencio* en lugar de incurrir en un decir carente de sentido. Pero, insistamos, es el *decir*, el pretender *formular proposiciones* semejantes a las de la ciencia, lo que resultaría vedado desde la perspectiva del pensador austríaco. *Vedado*, aclaremos, solo si queremos hablar con sentido. Nada nos impide intentar poner más té en la taza; solo que tendremos que hacernos cargo de que lo derramado tendrá las propiedades de lo informe y, en principio, inapropiable. Del mismo modo, querer dar expresión a cuestiones éticas en el ámbito del lenguaje traería consigo dejar fuera –por inexpresable– lo que seguramente más nos interesa decir, aquello que tiene que ver con nuestra vida y su significado, con "aquello que hace que la vida merezca vivirse, o de la manera correcta de vivir".³⁰ El *Tractatus*, preciso es reconocerlo, ya se hacía cargo de este problema: "Nosotros sentimos que incluso si todas las posibles cuestiones científicas pudieran responderse, el problema de nuestra vida no habría sido más penetrado".³¹ Pero,

²⁷ Wittgenstein, L., *Conferencia sobre ética. Con dos comentarios sobre la teoría del valor*; trad. de Birulés, F. Ediciones Paidós Ibérica, S. A., Barcelona, 1990, p. 37. En adelante, *Conferencia*.

²⁸ Cfr. Ayer, A., *Wittgenstein*, p. 46.

²⁹ Wittgenstein, en Ayer, op. cit., p. 47.

³⁰ Wittgenstein, *Conferencia*, p. 35.

³¹ *Tractatus*, 6.52.

aunque el hombre parece estar irremisiblemente condenado a hacer metafísica, como ya mostraban, entre otros, Kant y Dilthey, también tiende a plantearse cuestiones éticas aun cuando para ello deba transgredir las exigencias del discurso significativo haciendo un mal uso del lenguaje.³² En su conferencia sobre ética Wittgenstein no trepida en sostener que la carencia de sentido de las pretendidas proposiciones éticas constituye la esencia misma de estas. No se trata de que *por ahora* carezcan del soporte lingüístico apropiado. Las palabras finales de la conferencia merecen ser tenidas en cuenta: "Mi único propósito (...) es arremeter contra los límites del lenguaje. Este arremeter contra las paredes de nuestra jaula es perfecta y absolutamente desesperanzado. La ética, en la medida en que surge del deseo de decir algo sobre el sentido último de la vida, sobre lo absolutamente bueno, lo absolutamente valioso, no puede ser una ciencia. Lo que dice la ética no añade nada, en ningún sentido, a nuestro conocimiento. Pero es un testimonio de una tendencia del espíritu humano que yo personalmente no puedo sino respetar profundamente y que por nada del mundo ridiculizaría".³³

Que no sea una ciencia, acotaríamos nosotros, no debe quitarnos el sueño. Solo convendría, quizás, tenerlo presente –siempre y cuando le diéramos la razón a Wittgenstein–; pero sin olvidar, por otra parte, la advertencia que en su momento hiciera Martin Heidegger –y que estimamos plenamente actual–, cuando en su *Introducción a la metafísica* nos dice: "sigue siendo una gran desdicha creer que el pensar de la ciencia sea el único y peculiar pensamiento estricto, como si solo él se pudiera y tuviera que poner como criterio del pensar filosófico".³⁴ No reparar en ello implica correr el riesgo de caer en enfoques cientificistas

³² Cfr. Wittgenstein, *Conferencia*, pp. 40-43.

³³ *Conferencia*, p. 43.

³⁴ Heidegger, Martin, *Introducción a la metafísica*; trad. de E. Estiú. Editorial Nova. Buenos Aires. 1972, p. 63.

que, por supuesto, en nada benefician a la filosofía ... pero tampoco a la ciencia.